

parecieron que eran los Bajos-Vosgos, y reconoció sucesivamente en la forma de sus cuatro cimas el Ban-de-la-Roche, el Champ-du-Feu, el Climont y el Ungersberg. Un momento despues atravesaba los Altos-Vosgos. En menos de un cuarto de hora su caballo habia cruzado el Giromagny, el Rotabac, el Sultz, el Barenkopf, el Graisson, el Bressoir, el Haut-de-Honce, el monte de Lure, la Tête-de-l' Ours, el gran Donon y el gran Ventron. Estas vastas cimas se le aparecian confundidas en las tinieblas, sin orden y sin concierto; se hubiese dicho que un gigante habia trastornado la gran cordillera de la Alsacia. A cada instante le parecia distinguir por debajo de él los lagos que los Vosgos tienen en sus cumbres, como si las montañas pasasen por bajo el vientre de su caballo. Así es que vió su sombra reflejarse en el Bain-des-Paiens y en el Saut-des-Cuves, en el lago Blanco y en el lago Negro. Pero él la vió como las golondrinas ven la suya al rozar el espejo de los estanques, tan pronto vista como desaparecida.

No obstante, por extraña y desenfrenada que fuese esta carrera, Pecopin se tranquilizaba llevando la mano á su talisman y pensando que, á pesar de todo, no se alejaba del Rhin.

De repente una bruma espesa lo envolvió, los árboles se confundieron, despues se borraron, el ruido de la caza redobló en esta sombra, y su corcel de España se puso á galopar con nueva furia. La niebla era tan espesa, que Pecopin apenas distinguia las orejas de su caballo, enderezadas hácia adelante. En momentos tan terribles se debe hacer un gran esfuerzo, y positivamente es un gran mérito elevar el alma hasta Dios y el corazon hasta su amada. Esto es lo que devotamente hacia el bravo caballero. Pensaba en la Providencia y en Bauldour, más quizás todavía en Bauldour que en la Providencia, cuando le pareció que la lamentacion del viento se convertia en voz y pronunciaba distintamente esta palabra: *Heimburg*; en aquel momento una gran tea llevada por algun montero atravesó la niebla, y á la claridad de esta antorcha Pecopin vió pasar por encima de su cabeza un milano herido de una flecha y que á pesar de la herida seguia volando. Al verlo quiso fijarse en él, pero su caballo dió un salto, el milano sacudió un aletazo, la tea desapareció en el bosque y Pecopin volvió á caer en las profundidades de la noche. Algunos ins-

tantes despues el viento volvió á hablar otra vez y dijo: *Vaugtsberg*; una nueva luz iluminó la niebla, y Pecopin apercibió en la sombra un buitre, cuya ala estaba atravesada por una azagaya, y á pesar de eso volaba. Abrió los ojos para verlo mejor, abrió la boca para gritar; pero antes que hubiese clavado su mirada, antes que hubiese arrojado un grito, la luz, el buitre y la azagaya habian desaparecido. Su caballo no habia detenido el paso ni un momento y pasaba con la cabeza baja por entre todos esos fantasmas, como si hubiese sido el caballo ciego del demonio Paphos ó el caballo sordo del rey Sisymordachus. El viento gritó por tercera vez, y Pecopin oyó esta voz lúgubre del aire que decia: *Rheinstein*, y un tercer relámpago enrojació los árboles en la bruma, y un tercer pájaro pasó. Era un águila que tenia una saeta en el vientre, y que á pesar de eso volaba. Entonces Pecopin se acordó de la caza del pfalzgraf, á la cual se dejó arrastrar, y se estremeció. Pero el galope del corcel era tan desatinado, los árboles y los vagos objetos del paisaje nocturno huian tan prontamente, la velocidad de todo lo que rodeaba á Pecopin era tan prodigiosa, que hasta él mismo no podia detenerse. Las apariencias y las visiones se sucedian tan confusamente, que le era imposible fijar su pensamiento en sus tristes recuerdos. Las ideas pasaban por su cabeza como el viento. Se oia siempre á lo lejos el ruido de la caza, y de vez en cuando el monstruoso ciervo de la noche bramaba en los jarales.

Poco á poco la niebla se fué disipando. De pronto el aire se hizo tibio; los árboles cambiaron de forma; alcornoques, alfónsigos y pinos de Alepo aparecieron en las rocas; una grande luna blanca, cercada de un inmenso halo, iluminaba lúgubremente los matorrales. Hay que notar que no era dia de luna.

Corriendo por el fondo de un camino hondo, Pecopin se inclinó y arrancó del ribazo un puñado de yerbas. A la luz de la luna examinó aquellas plantas y reconoció con angustia la *anthylle vulneraria* de Cevennes, la verónica filiforme y la férula comun, cuyas hojas deformes terminan en garfias. Media hora despues el viento aun era más caliente y no sé qué espejismos del mar llenaban en ciertos momentos los intervalos de los bosques; volvió á encorvarse otra vez en el ribazo del camino y arrancó de nuevo las primeras plantas que su mano encontró. Esta vez eran el citisio plateado de

Cette, la anémoma estrellada de Niza, la lavatera marítima de Tolon, el *geranium sanguineum* de los Bajos-Pirineos, tan conocido por su hoja cinco veces palmeada, y la *astrantia major*, cuya flor es un sol que resplandece á través de un anillo, como el planeta Saturno. Pecopin vió que se alejaba del Rhin con espantosa rapidez; habia recorrido más de cien leguas entre los dos puñados de yerbas. Habia atravesado los Vosgos, habia atravesado los Cevennes, atravesaba en aquel momento los Pirineos.—Antes la muertel pensó, é intentó arrojar del caballo. Al movimiento que hizo para salir del arzon, notó que llevaba los piés oprimidos como por dos manos de hierro. Miró. Sus estribos asian y sujetaban. Eran estribos vivientes.

Los gritos lejanos, los relinchos y los ladridos eran delirantes; la bocina del viejo cazador, precediendo la caza á una tremenda distancia, ejecutaba melodias siniestras, y á través de grandes ramas azuladas, que el viento sacudia, Pecopin veia los perros atravesar á nado estanques llenos de reflejos mágicos.

El infortunado caballero se resignó, cerró los ojos y se dejó llevar.

Una vez los volvió á abrir: el calor de fragua de una noche tropical le hirió en el rostro; á su oído llegaban vagos rugidos de tigres y de chacales; su mirada entrevió ruinas de pagodas, sobre cuyas techumbres permanecian gravemente en pié, ordenados en largas filas, buitres, alquimistas y cigüeñas; árboles de forma rara tomaban en los valles mil actitudes extrañas; reconoció el banyan y el baobat; el osie-nonbouyh silbaba, el *oyra rameum* gorjeaba, el pequeño gonanbuch cantaba. Pecopin estaba en un bosque de la India.

Cerró los ojos.

Y otra vez los volvió á abrir. En un cuarto de hora, á los soplos del Ecuador habia sucedido un viento helado. El frio era terrible. El casco del caballo hacia chirriar la escarcha. Los rengíferos, los alses y los sátiros corrian como sombras á través de la bruma. La aspereza de los bosques y de las montañas era pavorosa. No habia en el horizonte más que dos ó tres rocas de inmensa altura, alrededor de las cuales volaban las gaviotas y los estercolanos, y á través de horribles follajes negros se entreveian largas ondas blancas, á las que el cielo arrojaba copos de nieve y ellas arrojaban al cielo copos de espuma. Pecopin atravesaba

los alerces de la Biarmie, que están en el cabo Norte.

Un momento despues la noche se ennegreció. Pecopin ya no vió nada, pero oyó un ruido espantoso y reconoció que pasaba por junto á la vorágine Maels-tron, que es el Tártaro de los antiguos y el ombligo del mar.

¿Qué tenia, pues, aquel espantoso bosque que daba la vuelta al mundo?

El ciervo de diez y seis mogotes reaparecia por intervalos, huyendo siempre y siempre perseguido. Las sombras y los rumores se precipitaban revueltos sobre su huella, y la bocina del viejo cazador lo dominaba todo, incluso el ruido de la vorágine Maelstron.

De pronto el corcel se detuvo brusca-mente. Los ladridos cesaron y todo enmudeció alrededor de Pecopin. El infortunado caballero, que hacia ya más de una hora que habia cerrado los ojos, los volvió á abrir. Se encontraba delante la fachada de un sombrío y colosal edificio, cuyas ventanas iluminadas parecian arrojar miradas. Esta fachada era negra como una máscara y viva como un rostro.

XII.

Descripcion de un mal albergue.

Describir aquel edificio es más difícil de lo que parece. Era una casa fuerte como una ciudadela, una ciudadela magnífica como un palacio, un palacio amenazador como una caverna, una caverna muda como una tumba.

No se oia allí ninguna voz, no se veia ninguna sombra.

Alrededor de este castillo, cuya inmensidad tenia no sé qué de sobrenatural, el bosque se extendia hasta perderse de vista. La luna no aparecia en este horizonte. Solo se apercibian en el cielo algunas estrellas, que eran rojas como la sangre.

El caballo se detuvo junto á una escalinata que terminaba al pié de una gran puerta cerrada. Pecopin miró á derecha é izquierda y le pareció distinguir á lo largo de la fachada otras escalinatas, al pié de las cuales permanecian inmóviles otros caballos detenidos como él y que esperaban en silencio.

Pecopin echó mano á su puñal, y ya iba á golpear con el pomo la balaustada de mármol de la escalinata, cuando sonó súbitamente cerca del castillo la bocina del viejo cazador, probablemente

detrás de la fachada, poderosa, enorme, sonora, ensordecedora, como el clarín tempestuoso que hace resonar el ángel caído.

Esta bocina, cuyo ruido encorvaba visiblemente los árboles, ejecutaba en las tinieblas una espantosa sonata.

Calló la bocina. Apenas terminó, las puertas del castillo se abrieron de par en par hacia afuera, como si un viento interior las hubiese empujado violentamente todas á la vez. Una onda de luz salió.

El corcel subió las gradas de la escalinata y Pecopin entró en una vasta sala, espléndidamente iluminada.

Los muros de esta sala estaban cubiertos de tapicerías, figurando asuntos sacados de la historia romana. Los huecos de los artesonados estaban revestidos de ciprés y de marfil. Una galería llena de flores y de árboles se extendía regíamente por arriba, y en un ángulo, bajo una rotonda, se veía un lugar destinado para las damas con el pavimento de ágata. El resto del piso era un mosaico que representaba la guerra de Troya.

Por lo demás, no se veía á nadie; el salón estaba desierto. Nada más siniestro que aquella gran luz en aquella gran soledad.

El caballo, que iba á su impulso y cuyos pasos sonaban gravemente en el suelo, atravesó lentamente esta primera sala y entró en una segunda cámara, inmensa y desierta, pero igualmente iluminada.

Muchos tableros de cedro se extendían alrededor de esta sala, y en estos tableros un misterioso artista había acoplado cuadros maravillosos incrustados de nácar y de oro. Eran batallas, cazas, fiestas representando castillos de fuegos artificiales, sitiados y tomados por faunos y salvajes; justas y naumaquias con toda clase de barcos deslizándose por un Océano de turquesas, esmeraldas y zafiros, que imitaban admirablemente la redondez del agua salada y la hinchazón del mar.

Más abajo de estos cuadros, un friso, abierto con el cincel más fino y magistral, simbolizaba, en las innumerables relaciones que ellas tienen entre sí, las tres especies de criaturas terrestres que contienen los espíritus, los gigantes, los hombres y los enanos; y por todas partes en este trabajo los gigantes y los enanos humillaban al hombre, más pequeño que los gigantes y más torpe que los enanos.

El techo parecía rendir yo no sé qué malicioso homenaje al géneo humano.

Estaba completamente cuajado de medallones colocados unos junto á los otros, en los cuales brillaban, iluminados por un fuego sin brillo y adornados con coronas de Pluton, los retratos de todos los hombres á los que la tierra debe los descubrimientos reputados por útiles, y que por este motivo son llamados *los bienhechores de la humanidad*. Cada uno estaba allí por la invención que se le debía. Arabus por la medicina, Dédalo por los laberintos, Pisistrato por los libros, Aristóteles por las bibliotecas, Tubalcain por los yunques, Architas por las máquinas de guerra, Noé por la navegación, Abraham por la geometría, Moisés por la trompeta, Amphictyon por la adivinación de los sueños, Federico Barbaroja por la caza con halcón, y el Sr. Bachon, lionés, por la cuadratura del círculo. En los ángulos de la bóveda y en las pechinas de la misma se agrupaban, como en las mayores constelaciones de ese cielo de estrellas humanas, muchos rostros ilustres: Flavio, que formó la brújula; Cristóbal Colon, que descubrió la América; Botargus, que imaginó las salsas de los manjares; Marte, que inventó la guerra; Fausto, la imprenta; el monge Schwart, la pólvora, y el Papa Pontian, los cardenales.

Muchos de estos famosos personajes eran desconocidos para Pecopin, por la sencilla razón de que aun no habían nacido en la época en que pasa esta historia.

El caballero penetró de este modo, marchando por donde le llevaba su caballo, atravesando una serie no interrumpida de salas magníficas. En una de ellas notó en la pared oriental esta inscripción en letras de oro: "El caoué de los árabes, llamado de otro modo cavé, es una yerba que crece con abundancia en el imperio turco y que se llama en la India yerba milagrosa, está preparada del modo siguiente: Tomad media onza de esta yerba, que la hareis polvo y la pondreis en infusión en una pinta, ó sea medio azumbre, de agua común, tres ó cuatro horas, y despues la hareis hervir hasta que se consuma una tercera parte. Bebedla poco á poco, casi á sorbos. La gente noble la endulza con azúcar y la aromatiza con el ámbar gris."

Enfrente, en la pared occidental, brillaba esta otra leyenda: "El fuego griego se hace y excita en el agua con carbon de sauce, sal, aguardiente, azufre, pez, incienso y alcanfor, y arde solo sin

otra composición y consume todas las materias."

En otra sala, por todo adorno solo existía el retrato, muy parecido, de aquel lacayo que en el festín de Trimalcion daba la vuelta á la mesa cantando con delicada voz las salsas en que entra como componente el benjuí.

Por todas partes candelabros, arañas, candeleros y girándulas, reflejadas por inmensos espejos de cobre y de acero, chispeaban en aquellas salas desmesuradas y opulentas, en las cuales Pecopin no encontró un sér viviente, y á través de las cuales avanzaba, la mirada fosca y el espíritu turbado, solo, inquieto, desfavorido y lleno de esas ideas inexplicables y confusas que asaltan á los soñadores en las umbrías de los bosques.

Por fin llegó ante una puerta de metal rojizo, encima de la cual se redondeaba, en un follaje de pedrerías, una gruesa manzana de oro, y sobre esta manzana leyó estas dos líneas:

ADAM INVENTÓ LA COMIDA,
EVA INVENTÓ LOS POSTRES.

XIII.

A tal posada, tal mesa redonda.

Mientras se entretenía en profundizar el sentido lúgubrementemente irónico de esta inscripción, la puerta se abrió lentamente, el caballo entró y Pecopin experimentó la misma impresión que recibe el hombre que pasa bruscamente del pleno sol del medio día á las profundidades de una cueva. La puerta se cerró tras él, y tan tenebroso era el lugar en que acababa de entrar, que se creyó al pronto que se había quedado ciego. Solo percibía á alguna distancia una extensa luz descolorida. Poco á poco sus ojos, deslumbrados por la luz sobrenatural de las antecámaras que acababa de atravesar, se acostumbraron á la oscuridad y comenzó á distinguir como á través de un vapor los mil pilares monstruosos de una prodigiosa sala babilónica. La luz que estaba en el centro de esta sala fué diseñando los contornos, dibujando las formas, y al cabo de un breve rato el caballero vió destacarse en la sombra, en el centro de un bosque de columnas torneadas, una gran mesa lívidamente iluminada por un candelero de siete brazos, en cuyas puntas temblaban y vacilaban siete llamas azules.

En el testero de esta mesa, sobre un trono de oro nuevo, había sentado un

gigante de bronce que estaba vivo. Este gigante era Nemrod. A su derecha y á su izquierda se sentaban, en sillones de hierro, una multitud de convidados pálidos y silenciosos, los unos cubiertos con gorros moriscos y cubiertos los otros con más perlas que el rey de Bisnagar.

Pecopin reconoció allí todos los famosos cazadores que han dejado huellas en las historias: el rey Mithrobuzane, el tirano Machanidas, el cónsul romano Emilio Barbula II, Rollo, rey del mar; Zuentibold, el hijo indigno del gran Arnolfo, rey de Lorena; Haganon, favorito de Carlos de Francia; Herbert, conde de Vermandois; Guillermo Cabeza de Estopa, conde de Poitiers, fundador de la ilustre casa de Rechignevoisin; el Papa Vitaliano; Fardulfus, abad de San Dionisio; Athelstan, rey de Inglaterra, y Aigrold, rey de Dinamarca. Al lado de Nemrod y apoyado de codos sobre la mesa estaba el gran Ciro, que fundó el imperio persados mil años antes de Jesucristo, y que llevaba colocado en el pecho su escudo de armas, las cuales son, como se sabe, en campo de sinople un león blanco perfectamente limpio, coronado de laurel de oro con un festón almenado de amarillo y de gules, cubierto en ocho tercios con hojas cuyos extremos eran de plata.

Esta mesa estaba servida segun la etiqueta imperial, y en los cuatro ángulos habia cuatro cazadoras distinguidas é ilustres: la reina Emma, la reina Ogive, madre de Luis Outre-Mer, la reina Gerberge y Diana, que, en su cualidad de diosa, tenia un dosel y un estuche para guardar el cubierto como las tres reinas.

Ninguno de estos convidados comia, ninguno hablaba, ninguno miraba. Un ancho lugar vacío en medio del mantel parecia indicar que allí se estaba esperando que se sirviese la comida, y la mesa estaba llena de frascos, en los que chispeaban mil bebidas de los países más variados: el vino de palma de la India, el vino de arroz de Bengala, el agua destilada de Sumatra, el arack del Japon, el pampis de los chinos y el pechmez de los turcos. Aquí y allí, en grandes búcaros de tierra ricamente esmaltada, espumaba ese brevaque que los noruegos llaman wel, los godos buska, los carintios vo, los esclavones oll, los dálmatas bien, los húngaros sor, los bohemios piva, los polacos pwo y nosotros cerveza.

Negros parecidos á demonios, ó demonios parecidos á negros, rodeaban la mesa, en pié, mudos, con la servilleta al brazo y la jarra en la mano. Cada con-

vidado tenía, como es de rigor, un enano á su lado. Diana tenía su lebrél.

Mirando atentamente en las más brumosas profundidades de este lugar extraordinario, Pecopin vió que en la inmensidad quizá sin fondo de la sala, bajo el bosque de columnas, había una multitud de espectadores, que iban como él montados á caballo y en traje de caza, y que eran sombras por la oscuridad, estatuas por la inmovilidad y espectros por el silencio. Entre los más próximos creyó reconocer á los caballeros que acompañaban al viejo cazador en el bosque de los Pasos perdidos. Como acabo de decir, convidados, criados y asistentes guardaban un silencio espantoso, tanto, que hubiese sido más fácil oír cuchichear las piedras de una tumba que percibir un soplo que se escapase de esta multitud.

Hacia mucho frío entre esas tinieblas. Pecopin estaba helado hasta los huesos, y no obstante sentía que el sudor le corría por todo el cuerpo.

De repente resonaron aullidos, tan pronto lejanos, tan pronto violentos, alegres y salvajes; despues la bocina del viejo cazador se mezcló bruscamente á este ruido, y se puso á ejecutar con un esplendor triunfal un admirable aire en señal de hurra perfectamente extraño y nuevo, que recordado muchos siglos más tarde por Roland de Lattre en una inspiración nocturna, valió á este gran músico el 6 de Abril de 1574 el honor de ser creado por el Papa Gregorio XIII caballero de San Pedro, con la espuela de oro *de numero participantium*.

Al oír tal ruido, Nemrod levantó la cabeza, el abad Fardulfus volvió medio cuerpo, y Ciro, que se apoyaba en el codo derecho, se apoyó en el izquierdo.

XIV.

Nueva manera de desmontar.

Los ladridos y la bocina se aproximaban; una gran puerta, que venía á estar enfrente de aquella por donde había entrado Pecopin, se abrió de par en par, y el caballero vió venir por una larga galería oscura los doscientos criados que llevaban las hachas, sosteniendo en sus hombros un inmenso plato de oro nuevo, en el que yacía, en medio de mucha salsa, el ciervo de los diez y seis mogotes, asado, negruzco y humeante.

Precediendo á los criados, cuyas doscientas antorchas eran rojas como bra-

sas, marchaba el viejo cazador, con su bocina de búfalo en la mano y montado en su caballo de silla tártaro, cubierto completamente de espuma. Ya no tocaba la trompa de caza, pero sonreía cortésmente en medio de los aullidos inauditos de la jauría que escoltaba al ciervo, dirigida siempre por el montero enmascarado.

En el momento en que este cortejo salió de la galería y entró en el salón, las antorchas de los criados se volvieron azules y los perros se callaron súbitamente. Esos espantosos dogos, con las bocazas de leones y los rugidos de tigres, avanzaron al par de su dueño, á paso lento, la cabeza baja, la cola pegada entre las piernas, los riñones estremeciéndose de profundo terror, los ojos suplicantes, hacía la mesa donde se sentaban los misteriosos convidados, siempre descoloridos, impasibles y silenciosos como estatuas de mármol.

Al llegar junto á la mesa, el viejo miró cara á cara á los lúgubres convidados y se echó á reír.

—*Hombres y mujeres, vosotros belle signore, domini et dominæ, amigos míos, ¿cómo vá la faena?*

—Vienes muy tarde, dijo el hombre de bronce.

—Es que me ha acompañado un amigo, al que he querido hacerle ver lo que es la caza.

—Sí, replicó Nemrod; pero mira.

Y al mismo tiempo, extendiendo el pulgar de su mano derecha por encima de su hombro de bronce, señaló detrás de él el fondo de la sala. Pecopin siguió maquinalmente con la mirada la indicación del gigante y vió á lo lejos dibujarse en las negras paredes ojivas blancuecinas, como si allí hubiese ventanas heridas vagamente por los primeros resplandores del alba.

—Bien, replicó el cazador; concluyamos, pues.

Y á una de las señales que hizo, los doscientos porta-luces, ayudados por los negros, se dispusieron á colocar el ciervo asado sobre la mesa, al pié del candelero de siete brazos.

Entonces Pecopin hundió las espuelas en los hijares del caballo, que le obedeció ¡cosa extraña! sin duda á causa de la aproximación del día, que debilita los sortilegios; lanzó su caballo entre los criados y la mesa, se irguió de pié sobre los estribos, cogió la espada en la mano, miró fijamente unas tras otras las sinistras fisonomías de los que estaban

alrededor de la mesa y la del viejo cazador, y con voz tonante exclamó:

—Por Dios! quienquiera que seáis, espectros, larvas, apariencias y visiones, emperadores ó demonios, yo os prohibo dar un paso; ó ¡por la muerte y que Dios me ayude! os enseñaré á todos y á tí mismo, hombre de bronce, lo que pesa sobre la cabeza de un fantasma el calzado de hierro de un caballero vivo. Estoy en la caverna de las sombras, pero en ella pretendo hacer á mi capricho y á mi manera cosas reales y terribles. No os mezcléis en ellas, señores míos. Y tú que me has mentido, viejo miserable, tú puedes defenderte como un jóven, pues soplas en tu bocina con más rabia que un toro. Ponte en guardia, ó por lo más sagrado te paso de parte á parte, aunque fueses el mismo Plutón en persona.

—Ah! estais aquí, querido amigo? Me alegro, vais á cenar con nosotros.

La sonrisa que acompañaba á esta graciosa invitación exasperó á Pecopin.—En guardia, viejo taimado! Ah! ¡me habías hecho una promesa y me has engañado!

—*Hijo!* espera hasta el fin! ¿qué sabes tú?

—En guardia te digo!

—Caramba! mi buen amigo, tergiversais las cosas.

—¡Vuélveme á Bauldour, me lo has prometido!

—Quién os dice que no os la volveré? Pero qué hareis cuando la volvais á ver?

—Ella es mi prometida, tú lo sabes muy bien ¡miserable!, y me casaré con ella, dijo Pecopin.

—Y antes de poco hareis otra triste y desdichada pareja, contestó el viejo cazador moviendo la cabeza. Despues de todo, bah! Y á mí esto qué me importa? Es preciso que las cosas sean así. El mal ejemplo está dado á los varones y á las hembras de aquí abajo por el varón y la hembra de allá arriba, el sol y la luna, que hacen un detestable matrimonio, como que no van juntos jamás.

—Vaya! dá tregua á tus chanzonetas, gritó el caballero, ó te extermino, y á la par extermino á esos demonios y sus diosas y purgo por completo esta caverna.

El viejo contestó, dejando asomar una risa truhanesca:

—Purga, amigo mio. Hé aquí la fórmula: hojas de sen, ruibarbo y sal de Epsom. Las hojas de sen barren el estómago, el ruibarbo limpia el duodeno y la sal de Epsom deshollina los intestinos.

Pecopin, furioso, se lanzó sobre él blandiendo la espada; pero apenas había dado un paso su caballo, cuando sintió que temblaba y se abatía. Miró. Un débil y blanco rayo del día penetraba en el antro y se deslizaba por las losas, que se azulaban. Excepto el viejo cazador, siempre sonriente é inmóvil, todos los concurrentes comenzaban á desvanecerse. El candelero y las antorchas se apagaban; la pupila de los espectros, que la brusca extravagancia de Pecopin había reanimado por un momento, no brillaba ya con la mirada, y á través del enorme torso de bronce del gigante Nemrod, como á través de un jarro de vidrio, Pecopin distinguía con la mayor limpieza los pilares del fondo de la sala.

Su caballo se iba haciendo impalpable y reduciendo lentamente á la nada debajo de él. Los piés de Pecopin estaban ya próximos á tocar en tierra.

De pronto cantó un gallo. Había no sé qué de terrible en ese canto claro, metálico y vibrante, que atravesó el oído de Pecopin como una hoja de acero. Al propio instante se percibió un viento fresco, su caballo se desvaneció, y al desaparecer, él se tambaleó al tocar tierra y estuvo á punto de caer. Cuando se incorporó todo había desaparecido.

Se encontró solo, de pié en el suelo, con la espada en la mano, en un barranco obstruido de maleza, á algunos pasos de una corriente que formaba espuma al chocar en las rocas, á la puerta de un viejo castillo. El día asomaba. Levantó los ojos y lanzó un grito de alegría. Aquel castillo era el Falkenburg.

XV.

Donde se vé cuál es la figura retórica que Dios usa con más frecuencia.

El gallo cantó segunda vez y su canto salía del corral del castillo. Ese gallo, cuya voz acababa de hacer desplomar alrededor de Pecopin el palacio lleno de vértigos de los cazadores nocturnos, había quizás aquella misma noche picoteado las migajas que todas las noches caían de las benditas manos de Bauldour.

Oh poder del amor! ¡Fuerza generosa del corazón, caliente centelleo de las bellas pasiones y de los más bellos años! Apenas Pecopin volvió á ver aquellas torres tan queridas, se le apareció la fresca y deslumbrante imagen de su prometida y le llenó de luz, y sintió que se

le desvanecían como una humareda todas las miserias del pasado, y las embajadas, y los reyes, y los viajes, y los espectros, y el espantoso remolino de visiones del cual acababa de salir.

Ciertamente que no fué así, con la cabeza alta y la mirada encendida, como el sacerdote coronado de que habla el *Speculum historiale* surgió de entre los fantasmas, después que visitó el sombrío y espléndido interior del dragón de bronce. Y puesto que esta figura formidable acaba de aparecer al que refiere esta historia, bueno será arrojar aquí una maldición y lanzar un estigma á ese falso sábio que tenía dos caras, vueltas la una hácia la claridad y la otra hácia la sombra, y que era á la vez para Dios el Papa Silvestre II y para el diablo el mágico Gerbet.

Tratándose de traidores y de personajes pérfidos, el odio es un deber. Todo parisien, al encontrárselo á su paso, debe arrojar una piedra á Perinet Leclercq, todo español al conde D. Julian, todo cristiano á Judas y todo hombre á Satanás.

Por lo demás, no olvidemos nunca que Dios coloca invariablemente el día al lado de la noche, el bien junto al mal, el ángel frente á frente del demonio. La enseñanza austera de la Providencia resulta de esta eterna y sublime antítesis. Parece que Dios dice sin cesar: Escoged. En el siglo once, enfrente del sacerdote caballista, Gerbet colocó al casto y sábio Emuldus. El mágico fué Papa, el santo doctor fué médico. De suerte que los hombres pudieran ver bajo el mismo cielo, entre los mismos acontecimientos y en la misma época, la ciencia blanca con el traje negro y la ciencia negra con el traje blanco.

Pecopin había envainado su espada y se dirigía con ansiedad hácia el castillo, cuyas ventanas, ya iluminadas por un rayo de sol, parecían devolver al alba su sonrisa. Cuando estuvo cerca del puente, del que ya no quedaba más que un arco, oyó detrás de él una voz que decía:

—Vaya, caballero de Sonneck, ¿he cumplido mi promesa?

XVI.

Donde se trata la cuestión de si se puede reconocer al que no se ha conocido.

Pecopin se volvió. Dos hombres estaban en pié en la maleza. El uno era el picador enmascarado, y Pecopin se ex-

tremeció al verle. Llevaba debajo del brazo una gran cartera roja. El otro era un viejecillo cojo, jorobado y muy feo. Era el que había dirigido la palabra á Pecopin, y Pecopin se esforzaba en recordar dónde había visto aquel semblante.

—Mi gentil-hombre, replicó el jorobado, tú ya no te acuerdas de mí?

—Sí tal, dijo Pecopin.

—Sea enhorabuena.

—Sois el esclavo de las orillas del mar Rojo.

—Soy el cazador del bosque de los Pasos perdidos, contestó el hombrecillo. Era el diablo.

—Por mí, repuso Pecopin, podeis ser lo que os dé la gana; pero puesto que al fin me habeis cumplido la palabra, puesto que me encuentro ya en el Falkenburg, puesto que voy á volver á ver á Bauldour, soy vuestro, caballero, y hablando con toda lealtad, os doy las más expresivas gracias.

—Y sin embargo, esta noche me acusabas. Qué te dije?

—Me dijiste: Espera hasta el fin.

—Y á pesar de eso ahora me das las gracias; yo te añadido aun: ¡Espera hasta el fin! Tú te apresuraste demasiado en acusarme, si no mienten las señas, y si no me equivoco tú te apresuras también demasiado en darme las gracias.

Hablando así el jorobadillo tenía un aire inexplicable. La ironía es el mismo rostro del diablo. Pecopin se estremeció.

—Qué quereis decir?

El diablo le señaló al picador enmascarado.

—Reconoces á este hombre?

—Sí.

—Le conoces?

—No.

El picador se quitó la máscara: era Erilangus. El cuerpo de Pecopin tembló. El diablo continuó:

—Pecopin, tú eras mi acreedor. Te debía dos cosas, esta joroba y este pié de piña. Pero soy buen deudor. Fui á buscar á tu antiguo criado Erilangus para informarme de tus gustos. Por él he sabido tu afición á la caza, y entonces me dije: ¡Lástima sería que este bello cazador no conociese los atractivos de la caza negra! A la hora del crepúsculo te encontré en un claro del bosque de los Pasos perdidos. Llegaba á tiempo; el enano Boulon iba á cogerte por su cuenta, y yo te cogí por la mia. Esto es lo que sucedió.

XVII.

Observaciones que se le ocurrieron á la entrada.

Pecopin alzó los hombros.—Bauldour vive, Bauldour está libre, pensó para sí, y Bauldour me ama. Qué puedo temer? Ayer por la tarde, antes de encontrar al demonio, hacia precisamente cinco años que la dejé. Pues bien, ahora hará cinco años y un día y la volveré á ver más bella que nunca. La mujer es el bello sexo y veinte años la edad más bella.

En aquellos tiempos de fidelidades tan probadas, cinco años de ausencia no causaban extrañeza.

Monologando de esta suerte se acercaba al castillo y reconocía con alegría cada almohadillado de la fachada, cada diente del rastrillo y cada clavo del puente levadizo. Sentíase feliz y dichoso. El suelo de la casa que nos ha visto niños sonríe al volver á vernos hombres, como el rostro satisfecho de una madre.

Al atravesar el puente reparó junto al tercer arco en una magnífica encina, cuya copa rebasaba con mucho la línea del parapeto.—Esto es singular, se dijo; aquí no había ningún árbol. Después se acordó de que dos ó tres semanas antes del día en que se encontró con la caza del palatino, había jugado con Bauldour al juego de las bellotas y de los huesecillos, apoyándose los codos en el parapeto del puente, y que precisamente en aquel sitio había caído una bellota en el foso.—Diablo, pensó, la bellota se ha hecho una encina en cinco años. Buen terreno es este.

Cuatro pájaros encaramados en aquella encina charlaban cantando á cuál mejor; eran un grajo, un mirlo, una urraca y un cuervo. Pecopin apenas fijó en ellos la atención, como tampoco en un pichon que arrullaba en un palomar y en una gallina que cloqueaba en el corral. No pensaba más que en Bauldour y deseaba verla cuanto antes.

Al brillar el sol en el horizonte, los criados de la conserjería bajaron el puente levadizo. En el momento en que Pecopin traspasó la puerta oyó detrás de él una carcajada, que aunque parecía que había sonado muy lejos, se percibía perfectamente distinta y muy prolongada. Miró hácia fuera y por todos lados y no vió á nadie. Era el diablo que se reía en su caverna.

Había debajo de la bóveda un depósito de agua que la sombra y la reverbe-

Pecopin se estremecía involuntariamente. El diablo añadió:

—Si no hubieses tenido tu talisman te hubiera retenido á mi lado; pero prefiero que las cosas sean como deben ser. La venganza se debe sazonar con diversas salsas.

—Pero en fin, ¿qué quieres decir, demonio? replicó Pecopin haciendo un esfuerzo.

El diablo prosiguió:

—Para recompensar á Erilangus de las noticias que sobre ti me ha dado, le he hecho mi ministro. Es un cargo que tiene muchas utilidades.

—Pícaro redomado, ¿me dirás al fin lo que esto significa? repitió Pecopin.

—Qué te había prometido?

—Que terminada esta noche que has pasado de caza conmigo, al salir el sol me conducirías al Falkenburg.

—Ya estás en él.

—Dime, demonio, ¿es que Bauldour ha muerto?

—No.

—Es que se ha casado?

—No.

—Es que ha tomado el velo?

—No.

—Está en el Falkenburg?

—Sí.

—Es que no me ama?

—Siempre.

—En ese caso y si dices verdad, exclamó Pecopin respirando como si se hubiese quitado del pecho el peso de una montaña, seas quien fueres y suceda lo que quiera, yo te doy las gracias.

—Vé, pues, dijo el diablo; tú estás contento y yo también.

Esto dicho, cogió á Erilangus en sus brazos, por más que él era pequeño y Erilangus era grande; después, torciendo su pierna deforme alrededor de la otra y levantándose sobre la punta del pié, hizo una pirueta, y Pecopin le vió hundirse en tierra como una barrena. Un segundo después había desaparecido.

Al cerrarse la tierra sobre el diablo dejó escapar una preciosa lucecita color de violeta sembrada de chispas verdes, que se fué alegremente dando saltos y cabriolas hasta el bosque, donde permaneció algún tiempo detenida y como enganchada en los árboles, colorándolos con mil matices luminosos, á la manera que el arco-iris cuando refleja sus colores en el follaje.